

Don Bosco educador

JOSÉ MANUEL PRELLEZO

El historiador italiano Pietro Stella, en un documentado estudio que acaba de ver la luz en edición original castellana, se plantea, de entrada, esta pregunta: «¿Qué lugar ocupa Don Bosco en la historia de la educación?». La conclusión a la que llega Stella es la siguiente: «En el contexto de las obras instituidas, promovidas y dirigidas por él, aparece como un gran educador. Su personalidad, brotada con fuerza del mundo campesino del Piamonte, se ha impuesto a la atención tanto de los pedagogos como, más en general, de estudiosos de la historia contemporánea. El desarrollo de las obras de Don Bosco no fue un mero fruto de capacidades organizativas y de coyunturas sociales bien aprovechadas. Fue también el resultado de una pedagogía vivida que, se juzgue como se juzgue, es coherente en sus principios esenciales, ha sido dúctil en su desarrollo y en sus aplicaciones en las mudables situaciones históricas. No fue una pura lucubración abstracta, sino el resorte poderoso de una relación educativa y de un complejo sistema de obras»¹.

¹ P. Stella, *Don Bosco en la historia de la educación*, Madrid, Editorial CCS, 1995. Puede ser útil resumir algunos datos sobre la trayectoria de Don Bosco: Giovanni Melchiorre Bosco nace en I Becchi, lugar en el término municipal de Castelnuovo d'Asti (hoy Castenuovo Don Bosco) el 16 de agosto de 1815. Ordenado sacerdote en 1841, comienza su trabajo educativo-apostólico en Turín (barrio de Valdocco). En el período 1853-1862 abre diversos talleres artesanos en su primera institución educativa: para zapateros, encuadernadores, carpinteros, sastres, tipógrafos, herreros. Funda la Sociedad de San Francisco de Sales (Salesianos) en 1859 y en 1872 (con la colaboración de santa María Domenica Mazzarello) el instituto de las Hijas de María Auxiliadora: dos congregaciones religiosas dedicadas a la educación de la juventud, especialmente «más pobre y abandonada». En 1876 funda la asociación laical Pía Unión de Cooperadores salesianos. Muere el 31 de enero de 1888. Es canonizado por Pío XI en 1934.

En estas páginas, no me propongo hacer un análisis exhaustivo del pensamiento y de la obra educativa del fundador de los Salesianos. Acogiendo la benévola invitación del director de «Comunio», me propongo presentar brevemente, a los lectores de la revista, «la figura de Don Bosco y las líneas maestras de su pedagogía». Después de una rápida aproximación a la experiencia biográfica del autor y a los momentos más significativos de su formación y de su obra, trataré de destacar los elementos característicos de la propuesta pedagógica y de la labor realizada en el campo de la educación.

1. Génesis de los intereses educativos

En la experiencia biográfica y en las primeras etapas de su formación teórico-práctica (hogar doméstico, escuela de humanidades, estudios de teología, perfeccionamiento pastoral en la Residencia sacerdotal de Turín) hunden, precisamente, sus raíces los rasgos típicos de la personalidad de Don Bosco, sacerdote amigo de los jóvenes y educador².

1.1. La presencia de la madre

Hay que subrayar, antes de nada, los valores del ambiente familiar, vividos en un contexto rural: vivo sentido de la intervención de Dios en la historia humana (la muerte de su padre, cuando Juan tenía dos años, se consideró como una «gran desgracia» con la que «Dios misericordioso había afligido a su familia»), frecuencia de sacramentos, devoción mariana, culto de los santos, trabajo manual, vida austera y frugal. Especialmente significativo es el papel de la madre, Margarita Occhiena, primera educadora y maestra de Don Bosco. Este, en su escrito autobiográfico *Memorie dell'Oratorio*³, dice que fue ella quien le preparó a la primera comunión, le enseñó las oraciones, le acompañó a confesarse hasta que le creyó «capaz de hacerlo dignamente solo». Y varias veces subraya la sabiduría de los consejos de su madre: huir de las malas conversaciones, ir con amigos ejemplares, acercarse con dignidad a los sacramentos («no callar nada en la confesión», evitar «hacer sacrilegios»). En los últimos años de su vida recuerda a sus jóvenes que, antes de acostarse, recita las oraciones que le había enseñado su «buena madre»⁴; pero recuerda también que, de niño, la acompañaba a ferias y

² P. Braidó (ed.), *Esperienze di pedagogia cristiana nella storia*, vol. II: Sec. XVII-XIX, Roma, LAS, 1981, 302.

³ G. Bosco, *Memorie dell'Oratorio di San Francesco di Sales dal 1815 al 1855*, a cura di E. Ceria, Torino, SEI, 1946.

⁴ G. Bosco, *Scritti pedagogici e spirituali*, a cura di J. Borrego, P. Braidó, A. Ferreira, F. Motto, J. M. Prellezo, Roma, LAS, 1987, 285.

mercados, donde asistía con entusiasmo a los juegos y acrobacias de charlatanes y saltimbanquis.

1.2. La escuela de humanidades

El encuentro con «buenos sacerdotes», de actitud «grave y cortés», con los que, sin embargo, no logró «contraer ninguna familiaridad», provocó en Don Bosco al comienzo de su adolescencia la reacción que él mismo manifestaría más tarde: «Si llego a ser sacerdote, me gustaría ser de otra manera; querría acercarme a los niños, querría decirles buenas palabras, darles buenos consejos»⁵.

En los años de estudio en la escuela pública de Castelnuovo (1829-1830) y de Chieri (1831-1835), entró en contacto con un tipo de enseñanza clásico-humanista que le servirá ampliamente en su futuro trabajo de iniciador de obras educativas. Conservó un vivo recuerdo de este período, en el que «la religión era parte de la educación». Las prácticas de piedad que se hacían (misa diaria, oraciones antes y después de las clases; los días festivos: lectura espiritual, misa, explicación del evangelio y, por la tarde, catecismo, vísperas, instrucción) serán fundamentalmente las que más tarde propondrá a los muchachos de sus «casas». Con clara intención educativa y de testimonio para los suyos, presenta como la «aventura más afortunada» haber escogido desde entonces un director espiritual que le animaba a una vida religiosa más intensa, en un momento en el que era «cosa muy rara encontrar a alguien que animase a la frecuencia de los sacramentos»⁶.

La naturaleza inquieta del estudiante de I Becchi encontró un cauce para su actividad a favor de los demás en las reuniones de la «congregación» dirigida por los jesuitas, y en la reunión de la «Sociedad de la alegría», organizada por él mismo con un grupo de amigos, que se proponía buscar todo lo que pudiese «contribuir a estar alegres», y evitar, en cambio, lo que «causase melancolía, especialmente las cosas contrarias a la ley del Señor»⁷. El deseo de hacerse sacerdote, que había brotado en sus años infantiles, se convirtió entonces en una decisión madura.

1.3. Estudiante de filosofía y teología

Sobre su vida en el seminario de Chieri (1835-1841) se encuentran algunas pinceladas oscuras. La falta de familiaridad entre superiores y

⁵ G. Bosco, *Memorie*, 44. P. Stella, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica*, vol. I, Roma, LAS, 1979, 3.

⁶ G. Bosco, *Memorie*, 55. P. Stella, *Don Bosco nella storia*, 40-42.

⁷ G. Bosco, *Memorie*, 52.

seminaristas encendió, sin embargo, en el joven estudiante el deseo de ser pronto sacerdote para poder entretenerse «en medio de los jovencitos, para asistirlos, y atenderlos en todo lo necesario». El juicio positivo sobre las prácticas de piedad, que se «hacían muy bien», puede explicar, por otra parte, que constituyesen después el eje de lo que propuso a sus colaboradores. Entre las lecturas que hizo (como complemento de los tratados filosóficos y teológicos), el joven Bosco manifiesta una clara predilección por las obras de carácter didáctico e histórico-apologético (escritos de Calmet, Marchetti, Fleury, Cavalca, Passavanti, Segneri, Henrion), en las que pudo encontrar las primeras inspiraciones para su trabajo de escritor de temas histórico-catequísticos y populares. La lectura del libro *De imitatione Christi* (hacia 1837) tuvo un notable influjo en su paso de gustar lo «profano» (libros, juegos) a una fuerte tensión ascético-religiosa⁸.

1.4. El perfeccionamiento pastoral

En la Residencia Sacerdotal⁹ de Turín (1841-1844) se preparó a la «vida práctica del sagrado ministerio». El planteamiento del programa formativo respondía a las expectativas y forma de pensar de Don Bosco, que declara con satisfacción: «Aquí se aprende a ser sacerdote. Meditación, lectura, dos conferencias al día, lecciones de predicación, vida retirada, total comodidad para estudiar, leer buenos autores, eran las cosas sobre las que cada uno podía aplicar su atención»¹⁰. En don José Cafasso encontró no sólo un profesor de moral, sino un sabio guía que le orientó hacia actividades propias del ministerio sacerdotal: visita a los presos, predicación, catequesis dominical y cuaresmal, con atención especial a los jóvenes inmigrados y/o abandonados. En su escuela, Don Bosco aprendió y confirmó «rasgos especiales de espiritualidad: la esperanza cristiana, la preferencia por la confianza en Dios, además del temor; el sentido del deber como estilo de vida religiosa coherente; el carácter fundamental de la vida sacramental en la acción pastoral; la fidelidad a la Iglesia y al Papa; la orientación apostólica hacia los jóvenes abandonados; el pensamiento de los novísimos y el ejercicio de la buena muerte»¹¹.

⁸ Sobre el seminario de Chieri, cfr. A. Giraudo, *Clero, seminario e società. Aspetti della Restaurazione religiosa a Torino*, Roma, LAS, 1992, 155-288.

⁹ En el «Convitto Ecclesiastico», los jóvenes sacerdotes alternaban el estudio de la teología —especialmente moral— con actividades apostólicas, sobre todo en el campo de la catequesis. El centro de formación pastoral turinés había sido fundado en 1817 por el teólogo Luigi Guala (1775-1848). Entre sus profesores, Don Bosco recuerda con admiración a Luigi Guala, Giuseppe Cafasso y Felice Golzio.

¹⁰ G. Bosco, *Memorie*, 121. P. Stella, *Don Bosco nella storia*, 85-94.

¹¹ P. Braido, *Esperienze di pedagogia*, 305.

Por lo que se refiere a las orientaciones morales, que tienen un relieve especial en la práctica educativa de Don Bosco, en aquel momento «se discutía acaloradamente sobre la cuestión del probabilismo y del probabiliorismo»¹². El esfuerzo de renovación de la pastoral, aun en un clima no libre de preocupaciones conservadoras, llevó a los responsables de la Residencia Sacerdotal a superar la antinomia que había entre la corriente benigna y la austera, dando relieve a la figura y a la doctrina, «evangélicamente sana, pero suave» de san Alfonso María de Liguori.

Don Bosco maduró, por su parte, la convicción de que con la bondad, más que con el rigor, se puede atraer a las personas, especialmente a los jóvenes, a la práctica de la vida religiosa y cristiana. En este tema no carece de relieve el hecho de que uno de sus escritos, redactado poco después de haber dejado la Residencia, lleve el título de *Ejercicio de devoción a la Misericordia de Dios* (publicado sin el nombre del autor en 1847).

En ese momento Don Bosco tomó también contacto ideal con otras grandes figuras de santos de destacada sensibilidad educativa y pastoral: Carlos Borromeo, Felipe Neri y Francisco de Sales. Más tarde, en sus escritos pedagógicos, recordará la mansedumbre y caridad de san Felipe en su trato con los muchachos y propondrá como modelo y patrono a sus colaboradores, organizados en sociedad religiosa, a san Francisco de Sales, en cuya dulzura y paciencia debían inspirarse para educar a los jóvenes.

2. La opción privilegiada por los jóvenes

Los comienzos del apostolado sacerdotal y la consolidación de las primeras iniciativas del santo educador turinés se sitúan en un contexto complejo: paso de un período de restauración político-religiosa a un régimen democrático, con nuevos problemas: libertad de culto y de prensa, leyes anticlericales, desafección de la Iglesia, aspiración a la unidad nacional, «cuestión romana» (con relaciones tensas entre el Estado italiano y el Papa después de la conquista de Roma por el ejército piemontés).

2.1. Los «más abandonados o en peligro»

Don Bosco rechazó entrar en campo político. Sintió que su «vida estaba substancialmente comprometida casi sólo en el problema educativo, que consideraba como clave de la solución global del religioso y

¹² El «probabilismo» es una doctrina moral defendida por algunos teólogos, según los cuales, en la consideración de la bondad o malicia de una acción humana, se puede seguir lícitamente una opinión probable; y no es necesario seguir la opinión más probable como afirmaban los seguidores del «probabiliorismo».

del social»¹³. Con una fórmula muy sencilla señalaba de este modo los objetivos de su obra: «Hacer el poco bien que pueda a los jóvenes abandonados, empleándome con todas mis fuerzas para que lleguen a ser buenos cristianos y honrados ciudadanos en medio de la sociedad civil»¹⁴.

Era el momento de los preludios de la industrialización y la atracción de la ciudad ejercía un poderoso encanto sobre los jóvenes campesinos, que buscaban un tenor de vida menos duro. Y no eran pocos los que, huérfanos o sin trabajo o abandonados a sí mismos, acababan en la cárcel. Acudiendo a las cárceles de Turín, Don Bosco se da cuenta de la gravedad de la situación: la «mayor parte» de los reclusos son «jóvenes pobres» venidos de lejos, que terminan muchas veces en aquel «lugar de castigo» donde «se hacen peores», ya que «las cárceles no les producen ninguna mejoría, porque al vivir en ellas, aprenden modos más refinados de hacer el mal»¹⁵. Para esta «clase de jóvenes más abandonados o en peligro» abre su oratorio festivo (reuniones dominicales con enseñanza del catecismo, formación religiosa, juegos, música, diversiones). Se integra en un movimiento eclesial-educativo que presentaba ya realizaciones valiosas en la capital del Piamonte. Pero Don Bosco no se limita a esperar a los muchachos en el oratorio. Se pone a buscarlos. Los encuentra donde ellos están (cárceles, obras en construcción, talleres, tiendas, calles).

2.2. Las razones de una opción

En la opción por los jóvenes como destinatarios de su labor asistencial y educativa intervinieron factores decisivos: la influencia de don José Cafasso, el contacto directo con los presos y con los grupos de chicos «pobres y abandonados» que, sobre todo los días de fiesta, «vagaban por las calles y las plazas» de la ciudad (limpiachimeneas, albañiles, estucadores, picapedreros...).

Estos encuentros contribuyeron a madurar un interés vocacional que ahondaba sus raíces en las precoces experiencias catequísticas de Don Bosco, el cual, siendo aún niño, enseñaba el catecismo a los de su edad y, siendo joven estudiante, organizaba la «Sociedad de la alegría» con fines de declarada ejemplaridad religiosa.

El fundador de la Sociedad de San Francisco de Sales (Salesianos) se sintió llamado por Dios a una misión comprometida en favor de los

¹³ P. Stella, *Don Bosco nella storia*, 254.

¹⁴ G. Bosco, *Memorie*, 218.

¹⁵ G. Bosco, «Apunte histórico», en P. Braido, *Juan Bosco, el arte de educar*. Escritos y testimonios. Con la colaboración de José Manuel Prellezo y Antonio Da Silva Ferreira, Madrid, Editorial CCS, 1994, 86.

jóvenes, especialmente los más pobres y abandonados. Se dio cuenta, cada vez con mayor claridad, de que la regeneración cristiana de la sociedad estaba condicionada por la educación de la juventud: «Si la juventud está bien educada, tendremos con el tiempo una generación mejor; si no, dentro de poco estará formada por hombres desenfrenados hacia el vicio, el hurto, la ebriedad, las malas acciones»¹⁶.

En perspectiva netamente religiosa, la opción y el compromiso educativo de Don Bosco se fundaban también en una sólida «convicción teológica», asimilada en el clima espiritual de su tiempo; se siente impulsado a actuar con urgencia con los jóvenes porque está convencido de que «su salvación eterna depende del tiempo de la juventud». Siendo aún niño, le impresionaron las palabras que escuchó en una misión popular: «necesidad de entregarse a Dios a tiempo y no diferir la conversión». El mismo pensamiento que, siendo ya joven sacerdote, desarrollará en su afortunada obra *Il giovane provveduto* (1847): Si «comenzamos una buena vida ahora que somos jóvenes, seremos buenos cuando pasen los años, será buena nuestra muerte y el principio de una eterna felicidad»¹⁷.

3. Propuesta pedagógica

Don Bosco, hombre de acción, no elaboró un tratado orgánico y completo de su pensamiento pedagógico ni una metodología pastoral. Pero es significativa su «sensibilidad» hacia «núcleos doctrinales de notable contenido educativo»¹⁸.

3.1. Confianza en los jóvenes

Se pueden documentar su optimismo educativo y su confianza en el joven. Los contactos iniciales con los encarcelados le hicieron conocer «que en general la juventud no es mala por sí misma; pero que casi siempre se hace tal por el contacto con los malvados y que éstos mismos, separados unos de otros, son susceptibles de grandes cambios morales»¹⁹. Nuevas experiencias, vividas en el clima espiritual de su tiempo (con una especial atención a las consecuencias del pecado original), movieron a Don Bosco a hablar muchas veces de la ligereza e inestabilidad de los jóvenes, de la falta de tenacidad para llevar adelante los compromisos tomados y, por consiguiente, de la necesidad de la acción

¹⁶ *Bollettino Salesiano* 1882, 81.

¹⁷ G. Bosco, *Scritti pedagogici*, 30.

¹⁸ P. Stella, *Lo studio e gli studi su Don Bosco e sul suo pensiero pedagogico-educativo: problemi e prospettive*, en J. E. Vecchi/J. M. Prellezo (eds.), *Prassi educativa pastorale e scienze dell'educazione*, Roma, Editrice SDB, 1988, 32.

¹⁹ G. Bosco, *Apunte*, 86.

preventiva de la educación. Tomando la comparación clásica de la planta que se tuerce si no se le pone un rodrión, escribió: «Igual vosotros, queridos hijos, os inclinaréis seguramente hacia el mal si no os dejáis guiar por quien tiene la misión de haceros crecer derechos».

En este horizonte se explica la importancia que daba a la «asistencia», es decir, a la presencia de los educadores en medio de los muchachos, para impedir el mal. Don Bosco se manifestó siempre convencido de que en cada muchacho, aún en el más desgraciado, hay «un punto accesible al bien» que el educador debe encontrar. Como base de esa convicción hay también una visión de fe: el joven, hijo de Dios, caído y redimido por Cristo. Don Bosco no está cerca de la concepción jansenista ni de la de Rousseau; pero con realismo reconoce las fuertes influencias –positivas y negativas– del ambiente social.

3.2. «Conocer nuestros tiempos»

«Es preciso que tratemos de conocer nuestros tiempos y de adaptarnos a ellos»²⁰. Este consejo que dio a los miembros de su Congregación (1883) constituye un núcleo doctrinal y, al mismo tiempo, una orientación práctica de la obra de Don Bosco. Atento a las necesidades del momento histórico, trató de darles una respuesta eficaz. La obra salesiana, iniciada como una «simple catequesis» (1841), se fue ampliando progresivamente y respondiendo con su estilo peculiar a necesidades cada vez más acuciantes en el campo educativo y pastoral: oratorios festivos para muchachos desarraigados y emigrantes y sin parroquia, escuelas dominicales, escuelas nocturnas para jóvenes analfabetos, talleres para la formación de jóvenes obreros, colegios, hospicios, internados, centros misioneros con una atención preferente a los jóvenes. En sintonía con su tiempo, Don Bosco concibe la prensa como una verdadera misión: es director responsable del periódico «L'Amico della Gioventù» (1848); prepara textos escolares: *Storia ecclesiastica ad uso delle scuole* (1845), *Storia sacra per uso delle scuole* (1847), *Storia ecclesiastica ad uso delle scuole* (1847), *Il sistema metrico decimale* (1849); publica y difunde las «Letture Cattoliche» a partir de 1853, organiza la «Biblioteca della gioventù italiana» y la colección de «clásicos latinos profanos y cristianos».

3.3. Clara preocupación moral y religiosa

En el centro de toda su actividad hay una clara preocupación moral y religiosa. El lema que escogió en su ordenación sacerdotal («Da mihi

²⁰ Acta del «7 settembre sera. Ultima conferenza», Roma, Archivio Salesiano Centrale, fondo: 04 *Capitolo Generale III* 1883.

animas coetera tolle») ilumina la motivación profunda de todo el empeño de Don Bosco, que adquiere densidad si se tiene presente otro lema frecuente en la literatura ascética de su tiempo: «animam salvasti, animam tuam praedestinasti». En este horizonte de referencia encuentra significado su actividad educativa y apostólica. El objetivo primario que se propone Don Bosco es la educación cristiana del joven, es decir, del creyente maduro que pone en el centro de su vida a Dios y la salvación eterna, bien instruido en las verdades católicas, atento al magisterio del Papa, con vivo sentido de Iglesia, exacto en los propios deberes, comprometido en obras de caridad y apostolado.

La religión, en el pensamiento y la actuación de Don Bosco, no sólo ocupa un puesto central en las finalidades que hay que conseguir, sino que se sitúa en el corazón mismo de la tarea formativa como base y fundamento de toda educación verdaderamente completa. Con el término «religión» se entienden las prácticas de piedad adaptadas a la condición de los muchachos, pero también el sentido de Dios, la amistad con Jesús y, sobre todo, una cuidada y auténtica vida sacramental. También para Don Bosco, como para el mundo del que forma parte, «los sacramentos constituyen el corazón de la existencia que, para que sea plenamente humana, era impensable fuera de un contexto religioso»²¹. La experiencia educativa le hace además descubrir, cada vez con mayor claridad, que la penitencia y la eucaristía son los factores más importantes para el progreso espiritual de los jóvenes. En el escrito sobre el sistema preventivo, Don Bosco escribió sin reticencias: «La confesión frecuente, la frecuente comunión, la misa diaria son las columnas que deben sostener un edificio educativo del que se quiera mantener lejos la amenaza y el azote»²².

3.4. Integridad de la propuesta

Por subrayar las exigencias religiosas y la dimensión trascendente de la educación no se descuidan los aspectos humanos y la realidad histórica del joven: comida, vestido, alojamiento, cuidado del cuerpo, formación intelectual, valores éticos, preparación profesional, tiempo libre. Los objetivos que hay que alcanzar, expresados con fórmulas sencillas al alcance de los muchachos («salud, sabiduría, santidad»; «alegría, estudio, piedad», «trabajo, instrucción, humanidad»), se encuadran en un programa global de compromiso humano y cristiano. Sensible a las demandas de los jóvenes, a Don Bosco le gusta hablar de jovialidad, de alegría, de música, de teatro, de diversiones. Reconoce la exigencia pro-

²¹ J. Schepens, «L'activité littéraire de Don Bosco au sujet de la pénitence e de l'eucharistie», en *Salesianum* 50 (1988) 16.

²² G. Bosco, *Scritti pedagogici*, 168.

fundamente enraizada en el hombre de la felicidad. Pero cree que la felicidad no está en oposición con la vida cristiana. Al contrario, que solamente la religión puede dar la «verdadera felicidad». En el *Giovane provveduto*, el autor quiere ofrecer a la juventud «un método cristiano de vida», formulado sintéticamente con la expresión: «servir al Señor y estar siempre alegres». Realidades humanas y valores trascendentes encuentran un horizonte unitario en la perspectiva elegida. Hablando de los orígenes de su trabajo con los jóvenes abandonados y en peligro, había escrito: «Cuando me entregué a esta forma del sagrado ministerio, intenté consagrar todas mis fatigas a la mayor gloria de Dios y bien de las almas, intenté darme de lleno para hacer buenos ciudadanos en esta tierra para que fuesen después un día dignos habitantes del cielo»²³. En sus intervenciones y en los escritos posteriores al *Giovane provveduto* recurrirá con frecuencia a una fórmula sintética que se convertirá en expresión clásica de las finalidades educativas de Don Bosco: «buenos cristianos y honrados ciudadanos».

Obra apostólica y compromiso educativo, formación personal y reforma de la sociedad se entrecruzan unitariamente en su propuesta: «Trabajad en la buena educación de la juventud, especialmente de la más pobre y abandonada, que es la que más abunda, y lograréis fácilmente dar gloria a Dios, conseguir el bien de la religión, salvar muchas almas y cooperar eficazmente a la reforma y al bien de la sociedad civil»²⁴.

3.5. Razón, religión, cariño

Además de la consideración sobre la integridad del programa educativo-pastoral, Don Bosco dejó preciosas orientaciones e indicaciones para ponerlo en práctica. En el conocido escrito *El sistema preventivo* en la educación de la juventud (1877), rechaza el «sistema represivo» y asume el «sistema preventivo», y escribe que la práctica del mismo se apoya totalmente en las palabras de san Pablo: «La caridad es benigna y paciente; lo soporta todo, lo espera todo y aguanta cualquier molestia». Orientaciones, medios e intervenciones se polarizan alrededor de un trionomio amado por Don Bosco. Le gusta repetir que su sistema de educación se basa en «la razón, la religión y el cariño».

En el centro, desde el punto de vista metodológico, se sitúa el cariño, que no es sólo sentimiento humano ni sólo caridad sobrenatural: expresa una realidad compleja concretada en actitudes, relaciones, comportamientos y sentimientos característicos. Pero el cariño (*amorevolezza*, en italiano) «no es debilidad, sentimentalismo, sensibilidad

²³ G. Bosco, *Introducción al Plan de Reglamento*, en P. Braido (ed.), *Juan Bosco, el arte de educar*, 85.

²⁴ *Bolettino Salesiano* 1883, 104.

turbia, porque está constantemente iluminado por la razón y la religión»²⁵. Don Bosco usaba también los términos de «dulzura, y caridad» para expresar este rasgo fundamental de su estilo educativo, que se manifiesta ante todo en el respeto a la persona de los jóvenes, especialmente cuando se trata de proponerles valores importantes como los éticos y religiosos. Después de haber hablado de la confesión y de la eucaristía como de «columnas» del edificio educativo, añade enseguida: «Nunca canséis, ni obliguéis a los jovencitos a que frecuenten los santos Sacramentos, sino ofrecerles la comodidad de acercarse a ellos»²⁶.

Don Bosco tiene también un vivo sentido de la dignidad de la práctica sacramental e insiste especialmente sobre las disposiciones que se requieren para acercarse a la confesión. Superada una cierta «mentalidad rígida», todavía frecuente en su ambiente (y que se puede constatar en sus primeros escritos), encontrará una solución equilibrada y eficaz en el clima de apertura y confianza creado por el confesor educador, que ayuda al joven a superar el miedo y el respeto humano: «Acoged con cariño a toda clase de penitentes, pero especialmente a los jóvenes»²⁷.

3.6. «Amar lo que agrada a los jóvenes»

El cariño (siempre en el horizonte de la razón y de la religión) se expresa también en gestos y comportamientos benévolos por parte del educador, siempre presente en medio de los jóvenes, dispuesto a cualquier sacrificio con tal de lograr su propósito: la educación intelectual, social, moral y religiosa del muchacho. Pero no bastará con sacrificarse y amar a los jóvenes. Será necesario, se lee en la conocida carta de Roma (10 de mayo de 1884), que «los jóvenes no sólo sean amados, sino que ellos mismos se den cuenta de que son amados. [...] Que amándolos en las cosas que les agradan, participando en sus inclinaciones infantiles, aprendan a ver el amor en las cosas que naturalmente les agradan poco; como son la disciplina, el estudio, la mortificación de sí mismos, y que aprendan a hacer estas cosas con amor»²⁸. Por eso el educador debe ser solidario con el mundo de los intereses, problemas y actividades de los jóvenes; pero sin renunciar a su cometido de persona adulta madura, capaz de proponer objetivos razonables, de dialogar, de estimular iniciativas que valgan la pena, de corregir con amable firmeza conductas reprobables.

En esta perspectiva se privilegian claramente las relaciones personales. Los responsables de las instituciones formativas deben conducirse

²⁵ P. Braidó, *Esperienze di pedagogia*. 358.

²⁶ G. Bosco, *Scritti pedagogici*. 168.

²⁷ G. Bosco, *Opere edite* (ristampa anastática), vol. XIII, Roma, LAS, 1976, 181.

²⁸ G. Bosco, [lettera] *A la comunidad salesiana del Oratorio de Turín-Valdocco*, en F. Motto, *Juan Bosco, cartas a jóvenes y educadores*, Madrid, Editorial CCS, 1994, 250-251.

como «padres, hermanos y amigos» del joven. Ya en los primeros escritos, reflexionando sobre las etapas del Oratorio y sobre los diversos medios utilizados para atraer a los muchachos (juegos, regalos, música, diversiones), Don Bosco concluía: «Pero lo que atrae más que ninguna otra cosa es la buena acogida»²⁹. Esta constatación se convirtió en convicción teórica y, sobre todo, en orientación práctica de su acción educativa y pastoral: en el coloquio personal con los muchachos, en la presencia en el patio de recreo, en la «palabrita al oído», en las «buenas noches», en la dirección espiritual, en la confesión. Por eso podía repetir con autoridad a sus más estrechos colaboradores: «Trata de hacerte querer más que hacerte temer. Que la caridad y la paciencia te acompañen constantemente al mandar, corregir, y haz de modo que todos por tus actos y tus palabras conozcan que buscas el bien de las almas»³⁰.

3.7. En clima de familia

Para definir la relación correcta entre los jóvenes y los educadores, Don Bosco adoptaba el término de «familiaridad». Una larga experiencia le había llevado a la convicción de que sin familiaridad no se puede demostrar el amor, y sin esa demostración es imposible crear el clima de confianza que se supone indispensable para aceptar los valores que propone el adulto. El cuadro de finalidades, el programa, las orientaciones metodológicas encuentran concreción y eficacia precisamente en instituciones empapadas de sincero espíritu de familia, es decir, en ambientes serenos, alegres y estimulantes. Es éste uno de los elementos más valiosos de la pedagogía que Don Bosco supo poner en práctica con estilo personal en sus «casas» de educación, que, inspiradas en el modelo de la familia, se conciben y estructuran como verdaderas comunidades, en las que se promueve el diálogo, la corresponsabilidad por parte de todos, el compromiso cívico, el crecimiento personal y la santidad.

En este contexto se debe hablar de una «pedagogía ambiental». Don Bosco subraya con convicción el valor formativo del ambiente. En una de sus charlas a los jóvenes internos (las tradicionales «buenas noches»), antes de que se retirasen a dormir, acude al símil de la colmena, y destaca los aspectos positivos que ofrece, de hecho, la vida colegial en la primera institución educativa fundada por él en Turín: «El ser muchos es muy útil para fabricar la miel de la alegría, piedad y estudio. Es ésta la ventaja que os proporciona el hecho de hallaros en la casa del Oratorio. El encontrarse muchos juntos aumenta la alegría de vuestros recreos, hace desaparecer la melancolía cuando esta fea bruja quisiera entrar en vuestro corazón; el encontrarse muchos juntos sirve de estí-

²⁹ G. Bosco, *Apuntes históricos*, en P. Braido, *Juan Bosco, el arte de educar*, 108.

³⁰ G. Bosco, *Scritti pedagogici*, 79.

mulo para soportar las fatigas del estudio, sirve de aguijón al ver los resultados positivos de los demás; cada uno comunica al otro los propios conocimientos, las propias ideas y, de esta manera, cada uno aprende del otro. El hallarse entre muchos que hacen el bien nos sirve de estímulo sin darnos cuenta»³¹.

Desde esta perspectiva, la cercanía del educador a cada uno de los muchachos encuentra un marco privilegiado en las instituciones educativas (escuelas, centros de formación profesional) y en las asociaciones juveniles, donde los educandos deben vivir experiencias cargadas de significado, y donde ellos mismos se hacen, progresivamente, principales protagonistas de la tarea de llegar a ser «buenos cristianos y honrados ciudadanos en medio de la sociedad civil», que es el objetivo a que mira la obra asistencial y educativa de Don Bosco.

Por otra parte, Don Bosco está convencido de que el empeño de educar a la juventud y de regenerar, por medio de ésta, a la sociedad no se puede realizar en solitario: es una empresa delicada y laboriosa que exige el trabajo y la colaboración de muchos. Por eso, «se esfuerza desde el principio para comprometer al más amplio círculo de personas: catequistas, maestros, instructores, técnicos, educadores, animadores, bienhechores, autoridades religiosas y civiles, cooperadores»³². Y por eso, desde el principio, Don Bosco piensa también en la fundación de dos Institutos religiosos, Salesianos (1859) e Hijas de María Auxiliadora (1872), dedicados totalmente a la educación de los jóvenes, sobre todo, en los ambientes populares.

4. En síntesis

Con ocasión del centenario de la muerte de Don Bosco (1888-1988), Juan Pablo II publicó una carta apostólica en la que le declaraba «padre y maestro de la juventud»³³. El título —que ahonda sus raíces en una historiografía ya clásica— sintetiza certeramente los rasgos más característicos de la figura del santo piamontés y ofrece una clave para entender su obra educativa. En efecto, resultaría aventurado querer describir las líneas maestras de su propuesta pedagógica sin intentar descubrir el significado de la presencia de la persona de Don Bosco educador. La rápida aproximación realizada en estas páginas se ha propuesto señalar este hecho. Para concluir, destaco, en síntesis, los elementos más reveladores.

³¹ G. B. Lemoyne, *Memorie biografiche del Venerabile Servo di Dio Don Giovanni Bosco*, 1907, vol. VII, 602.

³² P. Braidó, *Juan Bosco. el arte de educar*, 7.

³³ Giovanni Paolo II, *Lettera al Reverendo Egidio Viganò Rettore maggiore della Società di San Francesco di Sales nel Centenario della morte di San Giovanni Bosco* [Città del Vaticano], Tipografia Poliglotta Vaticana, 1988.

– La opción preferencial por los jóvenes empapa y unifica la inagotable y multiforme actividad de Don Bosco (fundador de congregaciones religiosas, iniciador e impulsor de obras misioneras, asimilador y organizador de iniciativas benéficas y apostólicas, creador de instituciones educativas, escritor popular...). Su solicitud apostólico-pastoral encuentra la realización más completa en el ámbito de la educación. Apostolado sacerdotal y trabajo educativo constituyen dos aspectos cualificantes e inseparables de la obra de Don Bosco, vivida como misión y camino de salvación. El «llega a su santidad personal mediante la tarea educativa vivida con celo y corazón apostólico» y «sabe proponer, al mismo tiempo, la santidad como meta de su pedagogía». Precisamente este intercambio entre «educación» y «santidad» es el aspecto característico de su figura³⁴. Don Bosco, educador santo, formó jóvenes santos: santo Domingo Savio.

– La propuesta pedagógica de Don Bosco aparece condicionada por el momento histórico en que vivió y por la formación recibida: un cierto «moralismo», «exuberante devocionismo», «predominio de motivos de obligación, deber, pecado, castigos y novísimos sobre los de la Gracia como realidad de presencia, de inhabitación, de inserción en el Cuerpo Místico, y, finalmente, una acentuada insistencia sobre la castidad o 'pureza' y un uso menor de los aspectos positivos de motivación y de ayuda conectados con una explícita visión y presentación de las virtudes cristianas de la fe, la esperanza y la caridad»³⁵.

– El subrayado de las sombras no impide, sin embargo, identificar los aspectos luminosos y fecundos. Testimonios numerosos y concordes ponen de relieve hechos y elementos que explican el secreto del éxito de la obra de Don Bosco: sacerdote de rica humanidad y de fe profundamente enraizada, personalidad vigorosa y serena, hombre dotado de simpatía y de afable astucia, extraordinario organizador, capaz de suscitar consensos y adhesiones, tenaz en perseguir sus objetivos y flexible frente a situaciones concretas, animoso en proponer metas formativas y atento a las exigencias individuales del joven y a las necesidades del tiempo. El amplio espacio concedido a las relaciones interpersonales, al trato amistoso, al clima de espontaneidad y de familia no ha perdido en absoluto significado y actualidad. Aunque el lenguaje aparece a veces anticuado, su propuesta religiosa y pastoral, atenta al proceso educativo y encuadrada en un marco de salvación total, contiene todavía una notable carga de futuro. Y esta propuesta de Don Bosco, «padre y maestro de los jóvenes», no se dirige sólo a pequeños grupos privilegiados, sino que se extiende a las masas juveniles, para una regeneración

³⁴ *Ibid.*, n. 5.

³⁵ P. Braidó, *Significato e limiti della presenza del sistema educativo di Don Bosco nei suoi scritti*, en S. G. Bosco, *Scritti sul sistema preventivo nell'educazione della gioventù*, Brescia, La Scuola, 1965, XXXII. J. M. Laboa, *La experiencia y el sentido de Iglesia en la obra de don Bosco*, en J. M. Prellezo García (ed.), *Don Bosco en la historia*, 109-134.

cristiana de la sociedad: «Basta que seáis jóvenes –decía– para que os ame sobremanera»³⁶. Sólo son privilegiados los «más pobres, abandonados o en peligro».

Nota biográfica

José Manuel Prellezo es profesor en la Universidad Pontificia Salesiana (Roma).

³⁶ G. Bosco, *Scritti pedagogici*, 30. L. Pazzaglia, *La opción por los jóvenes y la propuesta educativa de don Bosco*, en J. M. Prellezo García (ed.), *Don Bosco en la historia*, 259-289. G. Avanzini, *La pedagogía de san Juan Bosco en su siglo*, en *Ibid.*, 291-298.